

LA TENTACIÓN DE JESÚS

Alberto Wagner de Reyna

Uno de los pasajes más misteriosos, y sin embargo poderosamente reveladores de los Evangelios es aquel que se refiere a la tentación de Cristo en el desierto, al inicio de su vida pública. Es tema que merece ser meditado pues no sólo incide en la contemplación de la naturaleza de nuestro Redentor sino que también nos muestra como enfoca el demonio su presencia en lo que él considera su principado, el mundo.

Quiero hacer aquí el análisis de los dos breves textos evangélicos pertinentes: Math. 4, 1-11 y Luc. 4, 1-13 y de las dos líneas en Marcos (1, 12-13) que se añaden a ellos.

Intento una labor de hermenéutica -literal- de estos textos, en su idioma original -el griego-, en versión rigurosamente establecida por los especialistas, aprobada por la Iglesia y aceptada como base por quienes trabajan en esta materia, pero no por ello apartada de sus implicaciones espirituales y teológicas.

No han faltado quienes, a partir del modernismo, vieran en estos pasajes neotestamentarios, alegorías o parábolas, ni otros que consideren lo ocurrido a Cristo en el desierto, simples alucinaciones producidas por el hambre. No creo que sea éste el más adecuado modo de aproximarse al texto sagrado. Para entenderlo y estudiarlo debidamente es menester humildad y confianza en la tradición apostólica y en general eclesial. Importa recoger el testimonio y el mensaje inspirado que nos transmiten los evangelistas. Desde luego que, como todo texto histórico, hay aquí la influencia cultural que gravita sobre el autor -en este caso semita- que se refleja en los giros del lenguaje, que pueden parecer extraños al lector de hoy, pero de otro lado no es admisible que se rechace *a priori* todo lo extraordinario y sobrenatural, propio, precisamente, de la Revelación cristiana.

En modo alguno quiero hacer una homilía ni invadir el campo de la discusión teológica, para la cual no estoy ni preparado ni llamado. Espero, sin embargo, que mi exposición, que tiene un sentido anagógico, aparte a sus lectores, por un rato, de la problemática y de los planteamientos cotidianos de este mundo en el

que reinan el paneconomismo, la diversión y la irresponsabilidad en la comunicación.

I. LOS TEXTOS

El relato de las tentaciones de Cristo en el desierto es colocada tanto por Mateo como por Lucas, inmediatamente después de su bautismo por Juan en el Jordán: de su inmersión (que eso significa *bautismo*) en el agua lustral de la penitencia -como cualquier otro hombre- de la entrega total al Padre, del descenso sobre Él del Espíritu Santo y de la confirmación de su divinidad por la propia voz del Altísimo. Se encuentra pues Jesús en el pórtico de su vida pública, cuando ya está investido ante el mundo de su misión mesiánica.

Ambos textos, el de Mateo y el de Lucas son muy semejantes, aunque algunas diferencias entre ellos deben ser señaladas:

Según Mateo, Jesús fue llevado fuera, al desierto, por el espíritu, a ser tentado (*peirasthênai*) por el diablo. En Lucas, Jesús lleno del Espíritu *Santo*, *volvió* (*hypéstrepsen*) del Jordán y fue conducido por el espíritu al desierto, siendo tentado (*peraizómenos*) después de 40 días de ayuno. Dos preguntas surgen aquí: ¿Implica la formulación *volvió* del Jordán al desierto que ya había estado allí, quizá preparándose para el bautismo? ¿Al emplearse en la misma frase los vocablos “espíritu” y “Espíritu *Santo*” se está haciendo una distinción entre uno y el otro o solamente evitando una repetición que haría más pesado el texto?

Mateo precisa que fueron 40 días y 40 noches, pasados los cuales Cristo sintió hambre. Lucas deja en claro que en ese período nada comió. La frase termina en ambos evangelistas con la misma palabra: *epeínasen*, sufrió hambre.

Examinemos las cuestiones que se imponen:

a) ¿Es significativa la distinción entre el Espíritu Santo y el espíritu que llevó a Jesús al desierto? ¿No podría tratarse de un espíritu maligno -el propio tentador- que lo dirigía a la ocasión de la prueba de la tentación.

San Jerónimo en su comentario responde tajantemente: no puede haber duda que es el propio Espíritu Santo por el cual es llevado (*ductus*) al desierto y

añade; llevado no como cautivo sino *voluntate pugnandi*, en voluntad de lucha; es decir: a la pelea.

b) ¿Por qué 40 días y 40 noches? El número 4 está cargado de simbolismo: 4 son los ríos del Paraíso, 4 los ángulos del arca de la alianza y los vivientes de Ezequiel, 4 los evangelistas. Diez veces 4, esto es la plenitud de 4, 40. Merece esta cifra ser considerada entre los números *sacratissimi et mysteriorum plenissimi* (sacratísimos y llenos de misterios) para emplear los términos de San Agustín. Y en efecto es la duración del ayuno de Moisés en el Sinaí y de Elías en el monte Horeb. El número de días tiene pues un sentido sacral.

c) Hay una profunda vinculación entre el ayuno -desprendimiento en la entrega a Dios- y la tentación; dice Sirac el sabio: hijo, cuando entres al servicio de Dios, prepara tu alma a la tentación. Y precisamente Jesús hacía eso al comenzar su vida pública: comenzaba la batalla por la salvación de la humanidad para Dios. En este momento se acerca el diablo, en un momento en que Cristo se encuentra físicamente debilitado. Pero, inversamente ¿no ha sido Él fortificado y esclarecido por el ayuno, instrumento para acercarse a Dios? Hay algo aquí como una doble dialéctica: debilidad y fortaleza por el ayuno, conducción de Cristo al desierto por el Espíritu Santo y tentación por el demonio. Sobre este punto volveremos más adelante.

Mateo habla del tentador, probador, provocador (*peirázon*). *Peíra* es la prueba, emparentado con el latino *ex-per-ior*. Lucas en cambio lo llama el calumniador, acusador, entreverador: *diabólos*. *Diabállo* quiere decir transponer, entreverar y por lo tanto confundir. El que arma confusión y quiere así confundir al acusado.

Digno de mención es que en su breve texto Marcos lo designa de frente como Satanás, que en hebreo significa el adversario, el enemigo. También es interesante advertir que ninguno de los tres evangelistas hable aquí del “demonio”-*daímon*- término que sí será empleado más adelante en relación con los posesos -su príncipe será llamado Belcebú-, alternando con la expresión “espíritu inmundo”. Por lo demás *daímon* está etimológicamente emparentado con el latino *deus*, y hace referencia a divinidades menores, en sí ambiguas, pues pueden ser benéficas o maléficas. Pero volvamos a nuestro tema:

El diablo, en ambos textos, comienza su tentación diciendo más o menos con las mismas palabras: **Si eres hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan** (*artos*). Hay en griego otras palabras para significar pan (v.g. *sítos*).

Artos es el pan de trigo, que aparece también en el relato de la última cena y de la multiplicación de los panes (igualmente en lugar desértico)

Respondió Jesús: **Escrito está que no sólo de pan vive el hombre** (Deut. 8.3). En Mateo la frase continúa: **sino de toda palabra que sale de la boca de Dios** (Sap. 16.26).

El orden de la otras dos tentaciones está invertido en Mateo y Lucas. Sigamos el orden de aquél. Segunda tentación: Entonces lo llevó a la ciudad santa y lo colocó en el pináculo del templo (Lucas en vez de decir “ciudad santa” la precisa: Jerusalén) El diablo insiste: **Si eres hijo de Dios, tírate abajo** (Lucas precisa: **desde aquí**), **pues escrito está que a sus ángeles te mandó (para que te conserven**, añade. Lucas respetando la integridad del texto), **y sobre sus manos te lleven para que no tropiece en la piedra tu pie.** (Ps. 91.11-12) Cristo responde: **También escrito está: no tentarás al Señor tu Dios** (Deut. 6.16).

Tercera tentación: nuevamente lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria. Lucas lo formula de otra manera: y llevándolo hacia lo alto le hizo ver todos los reinos del orbe en un solo instante. Según Mateo, el diablo dijo: **todo esto te daré si cayendo de rodillas me adorares.** Según Lucas se expresa así: **Te daré el dominio de todo esto y la gloria de ellos** (es decir de los reinos), **que a mí me ha sido entregada y a quien yo quiera doy. Tú, si te arrodillares en adoración ante mí, tendrás todo esto.**

Dijo Jesús: **Vete Satanás: escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás** (Dt. 16.13). Lucas es -como en todo este texto- más explícito: terminada la tentación el diablo se marchó hasta el momento oportuno. Y concluye Mateo: Y he allí que vinieron los ángeles y lo sirvieron.

II. SENTIDO DE LA TENTACIÓN DE JESÚS Y DIFERENCIAS ENTRE MATEO Y LUCAS

La lectura del texto de Mateo da la impresión que las tentaciones de Cristo, llevado por el espíritu a ser puesto a prueba, obedecen al designio de Dios o por lo menos son permitidas por Él. En Lucas -**primera diferencia**- no existe este aspecto de la intención de Dios: no hay entre el hecho de ser llevado al desierto y la tentación una relación de finalidad, sino una simple sucesión cronológica.

Ambos evangelistas emplean el verbo *llevar*, en griego *ágo*, aunque en Mateo reforzado por el prefijo *an*: *anágo*, que se traduce al latín por *ducere*. Comparemos este último vocablo *ágo* (*anágo*), *ducere*, con el término empleado en la petición del Padre Nuestro por el propio Mateo: *me eisenégkes hemâs eís peirasmón* -en latín: *ne nos inducas in tentationem* (Mat. 16.13).

¿Qué vemos aquí? Indudablemente que hay una palabra distinta de *ágo* o *anágo* para significar *ducere*, es decir llevar. Es una palabra de familia lexicológica alejada y sorprendente: *eis-en-eg-kes*. En ella se acumulan tres preposiciones: *eis* (hacia) *en* (en) y *eg* (dentro) y tras ellas viene el núcleo del vocablo *kes*. *Eisenégkes*, con sus tres preposiciones incorporadas tiene mucho más fuerza expresiva que el *inducere* latino y desde luego que el *llevar a* en castellano. Algo así como *llevar hacia para estar dentro*. Se describe un movimiento hacia dentro de algo, algo así como para *empujar*. Se podría interpretar que Dios, según el término usado en el Padrenuestro en griego, empuja al hombre a la tentación. Si sólo *llevó* el espíritu a Cristo al desierto, presionaría al hombre común hacia ella. Nos dejaría ello perplejos. Me parece que la solución se encuentra por otro camino: cuando Jesús enseña el Padrenuestro a sus discípulos, recoge una experiencia vivida por él, personalmente, una experiencia violenta, que quisiera evitar a los suyos, y por eso les recomienda que pidan a Dios, que no los induzca a ella. La radicalización en la expresión -marcada por la reiteración de los prefijos- se debe a la conmoción que sintió Cristo en el enfrentamiento con el tentador en el desierto. Quiere él poner de relieve la dramaticidad de la situación, el peligro que ella implica. Tengamos presente que son Mateo y Lucas quienes emplean el verbo llevar (*ágo*), mientras que *eisenégkes* es la palabra que usó Cristo mismo y que los evangelistas se limitan a referirnos.

El tema de la tentación de Cristo nos remite también a Job: un varón justo y próspero es probado a través de sufrimientos cada vez mayores, por el enemigo, a fin de que se aclare si su amor a Dios -su santidad- es desinteresado y auténtico o simplemente fruto de su deseo de que, agradando al Altísimo, éste le garantice una vida feliz. Hay allí una apuesta entre el Señor y el tentador. Naturalmente que en el texto evangélico en modo alguno se sugiere una apuesta de esta clase o un diálogo previo entre Dios y el demonio, y el carácter de las tentaciones es también diferente. Pero hay algo en común en ambos casos: se trata de averiguar una verdad. En uno: ¿Es Job verdaderamente un justo? En el otro: ¿Es Jesús en verdad, hijo de Dios? Se busca un conocimiento, un conocimiento fundamental, que tendrá consecuencias prácticas. Una de ellas, se puede concretizar en la pregunta: ¿Puede Jesús -Dios y hombre- pecar? Como Dios, evidentemente, no, pero ¿Cómo se compaginan lo divino y lo humano? Se llega así a un misterio,

al cual no se accede por la *ratio* y sobre lo cual no hay Revelación directa. Ha de quedar pues como misterio y precisamente por eso, no ha de extrañar que se presenten interrogantes, o aun afirmaciones, más o menos aceptables, sobre sus consecuencias en la realidad.

¿Qué puede significar, en la perspectiva hebrea de Mateo aquello de “Hijo de Dios”? Un comentarista contemporáneo -Claude Tassin- señala un triple contenido: a) Jesús realiza por la sumisión al Padre la vocación de Israel, el pueblo filial que no supo corresponder a ella; b) Jesús es Hijo de Dios, merece este nombre gracias a una “cadena” de imitación: Cristo “imita” (asemeja) a su Padre en su misericordia, y a su vez es “imitado” por sus discípulos, a quienes trasmite la victoria sobre el mal, la filiación divina del pueblo de Dios; c) Jesús, el mesías anunciado por los profetas, del cual el Señor dice “este es mi Hijo”, se constituye en el rey universal, en heredero de la Creación.

Sobre esta visión veterotestamentaria -que aparece tan menudo en los Evangelios- se construye el dogma cristiano de la divinidad de Jesús, que deriva de la concepción virginal de María por el Espíritu Santo, y de la filiación del Logos que nos trasmite el prólogo del Evangelio de Juan.

El demonio -que sabe muchas cosas-, conoce los antecedentes de Jesús: su concepción sobrenatural, las palabras referentes a Él de Juan Bautista y del propio Dios en el Jordán, pero no tiene la evidencia de su carácter divino y el inicio de la vida pública de Cristo parece ser el momento propicio para averiguar este punto capital, y -si posible- neutralizar a Jesús, vencerlo, desautorizarlo y frustrarlo. De lo que no cabe duda es que, como hombre, puede ser puesto a prueba, sometido a la tentación. La tentación tiene así una función epistemológica: de un lado descubrir si Jesús es efectivamente hijo de Dios, es decir Dios, y del otro observar *cómo* reacciona en la prueba, es decir si se *conduce* como hijo de Dios, y en caso negativo aclarar cómo hacerlo caer. Hay algo así como una apófasis a través de la tentación, paralela a la epifanía en la adoración de los Magos. Al reconocimiento de la divinidad de Jesús por los sabios venidos de Oriente, se añade cuestionamiento por el Maligno, cuestionamiento que llevará a una nueva afirmación de esta divinidad.

La disimilitud entre Mateo y Lucas que comentamos puede pasarse por alto, reduciéndola a un tema de simple redacción, pero -como hemos visto- es posible considerar que en ella se hace visible un problema de fondo: ¿En qué medida hay o no hay una participación -más allá del simple consentimiento- por parte de Dios no en la tentación misma si no en la conveniencia y oportunidad de ella?

Según Santo Tomás de Aquino, Cristo quiso ser tentado (Summa theol. Pars III, XX q. 41: *De temptatione Christi*) Y ello, nos dice el Angélico, por cuatro razones: a) para traernos auxilio en nuestras propias tentaciones, siendo así igual a todos los hombres, salvo el pecado; b) para alentarnos, de modo que nadie se crea libre de las asechanzas del enemigo; c) como ejemplo, es decir, enseñándonos cómo vencer en la prueba; y d) finalmente para darnos confianza en la misericordia divina. En la perspectiva de Aquinate es el texto de Mateo el que mejor expresa la situación en su conjunto. Pero aquí surge otra interrogación: si Cristo acepta o quiere la tentación ¿sabía de antemano que no habría de sucumbir en ella? Si tal fuera así, quedaría la tentación como un juego -un ejercicio didáctico- vaciado de dramaticidad, de su inmenso peso humano y teológico. Y aquí de nuevo se advierte la profundidad del misterio que subyace a todo este pasaje, y que como tal debe ser respetado en toda su sacralidad.

Una *segunda diferencia* entre ambos evangelistas está en el orden en que se encuentran la segunda y tercera tentación, que también puede juzgarse irrelevante o -por lo contrario- reveladora de dos estrategias diferentes del diablo. En Mateo hay un *in crescendo* en la *gravedad* de la tentación: de un mero satisfacer de una necesidad *material* (el hambre) pasa el diablo a una prueba referida al *rango* que ocupa Jesús en la Creación para terminar en el *dominio* sobre la tierra en la cual El se encuentra. Pero no falta una lógica ascendente, en cuanto a la *naturaleza* de la tentación, en Lucas: de una urgencia *física*, a la que está sometido cualquier animal -el hambre- pasa a una tendencia *humana*, el apetito de poder, y culmina en el señorío sobre los ángeles, que es de orden *sobrenatural*.

Tercera diferencia: sólo en Lucas el tentador se refiere a que él es dueño de la tierra, y que es él quien da el señorío de ella a quien él quiera. Para lograrlo es condición adorándolo someterse a él. El mundo es así explícitamente entendido como el principado de Satán. Cabría aquí toda una reflexión sobre la actualidad de este principado, en forma de una sociedad de consumo, de la interpretación materialista y económica de la vida, etc.

III. CARÁCTER DE LAS TENTACIONES

Ellas se producen en el desierto. Es éste un lugar muy especial: de un lado la soledad y la grandeza del paisaje interioriza y recoge, pero de otro, la persona no se encuentra protegida por la presencia de compañeros o amigos. Es un sitio numinoso pero expuesto, donde se encuentran bestias salvajes, como apunta Marcos. Allí la tentación es más fácil, pero también el triunfo sobre ella más

eminente. En el desierto se está más cerca de Dios... pero también del diablo. ¡Díganlo si no los padres eremitas y estilitas!

Hay que recordar que toda tentación está ordenada al pecado, como dice Santo Tomás de Aquino: es una incitación a éste, una incitación que supone incertidumbre, y ésta -la incertidumbre- tiene dos aspectos: se puede caer o no caer en la tentación, la libertad del hombre frente a la gracia de Dios no es previsible: es una experiencia humana cuyo desenlace no se conoce de antemano, una apertura que sólo la acción del tentado cerrará, para el bien o para el mal. Pero también es un experimento, una prueba que hace el demonio, para averiguar o lograr algo. En este caso concreto aclarar si Jesús es hijo de Dios.

La tentación es una lucha entre el Bien y el Mal, entre el hombre creyente y temeroso de Dios y el diablo: tiene un carácter *agónico* (bien lo vio Unamuno al interpretar el cristianismo) y como tal es un choque de fuerzas, un choque doloroso y que demanda esfuerzo, en que se encuentra en juego -más bien en drama- el propio hombre y su destino. Y en el caso de Jesús sería una batalla decisiva tanto para Él como para la humanidad.

Pero hay algo más y más profundo: la continuación de la rebeldía del demonio, del ángel caído. Cada pecado del hombre es para él una revancha de su derrota al inicio de los tiempos; su victoria sería una venganza.... Cada pecador, un servidor más en su séquito. ¿Y qué mayor triunfo que "reclutar" al hijo de Dios para el ejército del mal? ¡Vencer al Mesías, en que Dios se hace presente, y convertirlo en su esclavo! ¡El nuevo Adán seguiría las huellas del antiguo! ¡El triunfo máximo de Satán! La redención quedaría frustrada. Cristo traicionando a su misión mesiánica. Los designios divinos cruzados. ¿Cuál será la estrategia del campeón de las confusiones?

IV. PRIMERA TENTACIÓN

Después de 40 días de ayuno es evidente que el hambre acose a Cristo. Ahora bien, el querer satisfacerlo es algo propio del hombre, y mal puede ser objeto de tentación, de modo que es inconsistente sostener que se trata de una tentación del pecado de gula, como lo ha insinuado algún comentarista. De otro lado, el convertir las piedras en pan, tampoco es en sí algo censurable. ¿No habrá Cristo, después, de multiplicar los panes y convertir en Caná el agua en vino? Pero ¿No sería lo normal que un hombre hambreado en el desierto, para conseguir alimento, buscara la población más cercana? Entonces ¿no sería el realizar una acción extraordinaria -un milagro- para conseguirlo, y de este modo confundir al

demonio, algo ambiguo y discutible? Considerarlo en sí como pecado sería ir demasiado lejos. ¿A qué apuntó Satán entonces al poner en esto a prueba a Jesús? La solución se halla en la primera frase que pronuncia el tentador: “Si eres hijo de Dios...” El hijo de Dios puede permitirse para un menester natural (comer) recurrir a un expediente sobrenatural. La tentación está en ejecutar este prodigio para confundir al diablo, en mostrar de este modo su poder y su gloria, la gloria de la filiación divina. Se trata de una tentación de soberbia -soberbia humana- y con este fin pone Satán a Jesús a prueba.

El tentador debe de creerse muy ingenioso, pues ha colocado a Cristo en un dilema: sino realiza el prodigio, en cierto modo abdica a su filiación divina, pues no la defiende en debida forma. Y el acusador podrá sacar la conclusión de que es sólo hombre; y Cristo está obligado a dar testimonio de la verdad. Pero si ejecuta lo que le es sugerido y sigue la insinuación de Satán probará -es cierto- su divinidad y gloria, más ello será a instancias de éste, que lo quiere llevar al pecado de soberbia.

San Jerónimo, hábil dialéctico, nos dice que, por lo contrario, el que se ha puesto en un dilema es el tentador mismo. Si, por orden de Jesús las piedras pueden convertirse en pan, entonces en vano tienta a un ser tan poderoso -y pierde su tiempo- y si no puede hacer Jesús tal milagro, en vano también sospecha el Maligno de que sea hijo de Dios.

¿Cómo salir de este doble dilema?

Únicamente Dios mismo es capaz de desatar el nudo. Recurre pues Jesús a la palabra de Dios, a la Sagrada Escritura, a lo que está revelado y escrito, y da por respuesta que no sólo de pan vive el hombre sino de la palabra que sale de la boca de Dios. No busca vencer al tentador con su poder divino, sino por su humildad, declarándose hombre. Junta dos citas, una del Deuteronomio (8,3) y otra del libro de la Sabiduría (16,26).

No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Hay varias ideas en esta breve respuesta: 1) la ya dicha declaración de que Jesús es hombre, 2) que el hombre requiere para vivir tanto del pan como de la palabra de Dios, y que por lo tanto quien no se nutre de ésta no vive, está muerto, muerto en el pecado. En boca de Cristo, está declaración lleva sobreentendido: yo no necesito de pan pues me alimento del verbo de Dios. Aquello que proclaman las dos citas de la Sagrada Escritura se cumple precisamente en Él y en ese momento.

Para hacer el abogado del diablo, podría sin embargo objetarse que con tal respuesta está mostrando su filiación divina -el poder de mantenerse con el Verbo- y es como si alegara: yo soy el hijo de Dios y por lo tanto no necesito de pan, me basta su Palabra, que -por lo demás- soy yo mismo, y caería así en uno de los términos del dilema: la soberbia. Pero la objeción no vale, por el contexto bíblico del que están tomadas las citas: se refieren ellas a todos los hombres, están dirigidas a cada uno de los miembros del pueblo escogido y Jesús no es la excepción: Él es uno de ellos, sin alegar su filiación divina. El diablo no queda convencido de que Jesús sea hijo de Dios (ni tampoco de que no lo sea); su ataque fue una finta que se perdió en el aire. Su táctica no ha sido buena y vuelve a la carga por otro flanco.

V. SEGUNDA TENTACIÓN

El diablo comienza mostrando su poder: lleva a Jesús al pináculo del templo de Jerusalén, el lugar más sagrado de la tierra, donde la casa de Dios toca el cielo. Su discurso de pronto se adapta al de Cristo y cita las Sagradas Escrituras. Él también sabe hacerlo para atacar, aunque en forma dolosa. Recurre a un salmo. Insiste en aclarar la divinidad de Cristo, pero ya no aprovecha una situación trivial -el hambre-, sino al colocarlo en una cima sugiere la vanagloria: **Si eres hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito que los ángeles te protegerán.** El tentador sugiere, insinúa, muestra espejismos, aconseja una caída, un lanzarse hacia abajo, pero no puede precipitar, ni a Cristo ni a cualquier hombre: requiere de la decisión de éste. Se remite al demonio a dos versículos del salmo 90 - numeración de la Vulgata- (11 y 12) que se refieren al hombre fiel, al justo, a quien protege el Altísimo. No se trata de un salmo mesiánico, que el diablo aplica arbitrariamente al hijo de Dios. El fulero se guarda de citar el texto en su integridad (vers. 13) que se refería a él mismo:

Mandaré Él a sus ángeles
para protegerte en todos tus caminos,
sobre sus palmas te llevarán
para que no se lastime tu pie en la piedra
sobre el león y la víbora marcharás
pisarás al cachorro de león y al dragón.

Lanzarse al vacío sería “tentar a Dios”, es decir poner a prueba su poder y misericordia, lo que es gravísimo pecado. Con su argucia el demonio pone de nuevo a Jesús en un dilema: si cede al demonio, aunque sea para demostrar su

divinidad y confundir a éste, tienta a Dios, y contraviene a la Ley. Si no lo hace, no da testimonio de la verdad, de su filiación divina. La tentación del Maligno se dirige a que Jesús tienta a Dios. Es ponerlo a prueba de si se atreve a poner a prueba a su Padre.

Rechaza Cristo tal pretensión y responde con un precepto del Deuteronomio (6.16) **No tentarás al Señor tu Dios**, precepto que se dirige tanto a él (*a fuer* de judío que es Jesús), cuanto al diablo mismo. Lo que éste pide es algo que Jesús -precisamente por ser hijo de Dios- no puede hacer. El tentador no queda satisfecho -ni vencido, ni convencido- y decide poner a Jesús una tercera vez a prueba.

VI. TERCERA TENTACIÓN

Dejándose de ineficaces referencias a las Sagradas Escrituras, el diablo cambia de táctica. Busca ahora impresionar con su grandeza y poder e intenta seducir por el lado humano a Jesús. Lo lleva a un “monte sumamente elevado y le muestra todos los reinos de la tierra”, lo que indudablemente no puede tomarse topográficamente al pie de la letra, sino -en exageración semítica- entenderse, como señalando el conjunto de los señoríos del demonio, que abarcan toda la tierra, con los reinos que hay en ella y sus glorias, glorias que -como todos sabemos- son precarias y transitorias, pequeño defecto que el tentador -como cualquier comerciante deshonesto que pregona su mercadería- omite, desde luego, señalar.

Es interesante notar que, pese a la naturaleza humana que hay en Cristo, el diablo no ensayara una tentación carnal. Aquí están en juego valores y antivalores más recónditos y trascendentes, aquellos que estuvieron a la raíz de la rebelión de los ángeles, en especial la soberbia, que es el pecado por excelencia. Antes -en la primera y segunda tentación- había pedido el demonio a Jesús que convirtiera en pan las piedras o que se arrojara al vacío, y no ofrecía nada en cambio, salvo convencerse que Jesús es hijo de Dios. En este tercer paso el provocador levanta al máximo sus pretensiones: que el hijo de Dios lo adore, y promete como precio de ello todo lo que encierra la tierra, que es suya. Miente aquí de nuevo, pues como señala agudamente San Jerónimo, no es cierto que sea dueño de todos los reinos, de modo que pueda disponer de ellos. Hay también sectores que resisten al mal, provincias espirituales que confían en Dios, gobernantes justos, etc. El bien y el mal andan entreverados en nuestro mundo sublunar.

Llega así la tentación al paroxismo. Intenta la sumisión de lo divino en Jesús a lo que hay de humano en Él -susceptible de ceder al halago del poder y la riqueza- y con ello a la entrega de toda su personalidad divina y humana al mal. El diablo, en su soberbia, se quita el antifaz: el juego de saber si Jesús es hijo de Dios o no, por la ejecución de acciones extraordinarias sin mayor trascendencia teológica, se convierte en dramática confrontación entre Dios y el enemigo.

Llena ello la copa: Jesús que había respondido en las pruebas anteriores como "letrado" (como si sólo hubiera habido un interés académico en elucidar el punto) mostrando con citas de la Sagrada Escritura que lo que el tentador sugería era una pretensión deleznable, cambia de tono, adopta una actitud propia del amo y Señor, ordena: **vete, Satanás**. Pero no por ello abandona el sistema de ponerlo en su sitio: recurre nuevamente a la palabra de Dios, que también el demonio debe obedecer. La cita del Deuteronomio que emplea tiene una doble intención: de un lado es ella valedera para el propio Jesús. El Señor exige del pueblo elegido que sólo a Él lo adore, que no tenga otros dioses -ídolos- delante de Él, y que únicamente sirva a Él. Jesús, como judío, miembro de ese pueblo, no puede prosternarse ante el diablo -sería ello aún peor que la idolatría- ni recibir reinos de su mano.

Pero al trasluz de esta intención de primer plano, se advierte un sentido más penetrante en la cita de la Sagrada Escritura, que así adquiere una nueva y reveladora resonancia: Jesús aparece y se afirma como *Kyrios*, el Señor, el hijo de Dios. Y así responde en forma definitiva a lo que el tentador quería aclarar. Implícitamente exige de él esa *latría* (servicio y sumisión) debida a Dios para su propia persona: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás.

El diablo entonces comprende, da por terminada la tentación y enmudecido -él que es tan discutiendo- se retira. Es cierto que, como dice san Lucas "por el momento", pues volverá a la carga, por otro camino, no atacando directamente a Cristo sino apoderándose del corazón de uno de sus apóstoles, Judas, que lo venderá. Y la apófasis de la tentación -la prueba vencida y el pecado rechazado- se completa: los ángeles vienen y sirven a Jesús. Vienen cuando se ha ido el diablo -pues se excluyen ángeles y demonios que militan en ejércitos opuestos- vienen y lo sirven (el verbo *doulóo* en griego generalmente significa "servir la mesa") como a su Señor, al *Kyrios Jesoys* del que nos habla Juan en el Apocalipsis. Son aquellos ángeles a los que se refería Satán en la segunda tentación que habían de impedir que se lastimara los pies al caer, son aquellos ángeles que pertenecen a un reino bastante más glorioso que los principados de la tierra que ofrecía el diablo, y que es el Reino de su padre en los Cielos, el reino de Dios.

Los comentaristas suelen poner en paralelo este pasaje con Mat. 16.23, en que Jesús llama Satanás a Pedro cuando quiere disuadirlo de ir a Jerusalén a morir. Desde luego que es un reproche duro, pero los mismos comentaristas señalan la diferencia: Frente al tentador Jesús emplea un imperativo y tajante *hypáge* (ve=retírate), mientras que a Pedro le dice: *hypáge, opíso moy* (ve detrás de mí), lo que significa *sígueme, no te enfrentes, confórmate*, que es una llamada a un hijo descarriado o a un subordinado que se aparta del buen camino.

Resumiendo lo dicho, podemos sacar en limpio del análisis de nuestros textos:

1° Aparece en ellos en toda su dramaticidad el misterio que enlaza la tentación (por parte del diablo) y la permisión o inducción a ella (por parte de Dios). Este misterio está íntimamente vinculado a la libertad del hombre, a la espontaneidad que lo distingue de los demás pobladores seres vivos, de la tierra, y en virtud de la cual puede o no aceptar la gracia que le ofrece Dios.

2° La tentación de Jesús tiene en un primer nivel una intención cognoscitiva, su objeto es dilucidar, aclarar o confirmar si Jesús es hijo de Dios. Pero en un nivel más profundo se muestra la soberbia de Satán al enfrentarse -una vez más- a Dios, la lucha del bien y del mal, y nada menos que el intento de probar a su Hijo, para que sea infiel a su Padre -adorando al tentador- y de reclutarlo así como prosélito suyo.

3° El diablo no es una abstracción ni una personificación mítica de las fuerzas del mal, sino una inteligencia, viva y vivaz, que dispone de recursos materiales y del espíritu, experta en ambigüedades y mentiras, que no sólo tiene acceso a la humanidad sino que osa enfrentarse a Dios.

4° La victoria sobre el enemigo no es definitiva. Se retira, es cierto, por el momento, pero volverá seduciendo a Judas y queriendo manipular a Pedro, al punto que Jesús lo llama Satán. El diablo no descansa, bien lo sabemos nosotros los pecadores. Únicamente en el Apocalipsis de Juan -cuando se cumpla la profecía- veremos su derrota total.

5° La empresa del demonio contra Cristo fracasa y trae por consecuencia que sean descubiertas y vencidas sus argucias y citas falsamente piadosas. de modo que quede establecido, desde el comienzo de su vida pública, que Jesús es el hijo de Dios.

Así pues, conservando este relato, de implicancias místicas y resonancias simbólicas, su carácter a la par enigmático y revelador, pone en evidencia uno de los aspectos de la profundidad insondable del misterio de la Encarnación - Jesucristo: Dios y hombre verdadero- que es condición concomitante de nuestra redención. El inicio de los capítulos 4 en Mateo y Lucas que podrían considerarse anecdóticos -un autor moderno ironiza sobre el paracaidismo- en el conjunto de los Evangelios, toca en verdad el meollo de nuestra fe cristiana: nos colocan estos textos frente a nosotros mismos, nos muestran la aspereza de la lucha entre el bien y el mal en que estamos comprometidos, nos señalan la contingencia existencial en que nos hallamos y nuestro lugar en el plano de la Creación, contingencia a la cual Cristo, hijo de Dios (Dios verdadero de Dios verdadero) tuvo también -como hombre- que enfrentarse, para ser, en todo, con excepción precisamente del pecado, en todo igual a nosotros.